

Paisaje y Budô



Kenshinkan dôjô

Las palabras que expresan la relación del hombre con el paisaje no son nuevas, todas las Culturas han asumido esa simbiosis que establece el origen del carácter a partir del paisaje que lo envuelve y anima.

Los griegos ya opinaban que el hombre era hijo del paisaje. Sí, aquellos sabios de las polis, que vivieron como pocos el sueño de la vida, defendían que: agua, luz, árboles, frutos, ríos y montañas eran el panorama sobre el que se construía nuestra esencia más íntima.

Hoy, persiguiendo esas ideas, he vuelto a los libros de Luis Racionero, deteniéndome en uno de sus clásicos: "Textos de Estética Taoísta", en mi opinión, un trabajo literario muy logrado. Los ensayos sobre Paisaje, Pintura o Música, basados en palabras escritas quinientos o mil años atrás, analizan el espíritu, la voluntad, la intención o la técnica de distintos pintores chinos, haciéndonos comprender la importancia de la disposición inicial, la razón de ser del color, la atmósfera por ellos reflejada o la composición final surgida, intentando, siempre, que el espectador experimente emociones semejantes a las suyas, consiguiéndose esto con la sola contemplación del paisaje reproducido en el lienzo.

Difícil tarea la de estos maestros taoístas del pincel; no obstante todos eran hombres de interior, crecidos en las montañas, por tanto: introspectivos, reflexivos, recogidos.

El gran Lawrence Durrell, un espíritu libre a quien alguien llamó "El Sabio bribón", aquel que, habiendo nacido en la India colonial, no tuvo otra alternativa que educarse en la Inglaterra victoriana, un lugar del que, raudo, marchó por propia voluntad hacia algún lugar con mejores condiciones de luz y color, encontrando todo ello en el Mediterráneo - Alejandría, Corfú, el Sur francés- nos detalla en su "Spirit of Place":

"El determinante principal de una cultura es el espíritu del lugar. Tendemos a ver la cultura como una especie de pauta histórica dictada por la voluntad humana: para mí esto es cada vez menos cierto. Sí, los seres humanos son expresiones del paisaje, deseos paisajísticos de la tierra, compartiendo sus particularidades con el vino, la comida, la luz del sol y el mar"

Meditaba sobre ello, tratando de comprender cómo el paisaje ha sido partícipe del proceso de gestación de las Artes Marciales en uno u otro confín de nuestro mundo, recordando entonces: los interminables canales de Cochín, las playas de Kovalan, los inmensos palmerales de Trichur, la luz cegadora del Sur, el vértigo de Trivandrum frente al Océano y la

apertura del litoral de Kerala, unos atributos, todos ellos, que contribuyeron a forjar entre sus habitantes: espíritus fuertes, abiertos al mundo, emprendedores, aventureros, prácticos y resolutivos, capaces de dar forma a un Arte como el Kalarippayattu.

A diferencia del litoral, los bosques y montañas del interior de la China Continental han acogido en su profundidad a quienes buscaban sosiego, tranquilidad, meditación y movimiento consciente, fomentando en ellos: contemplación, interiorización, auto-descubrimiento, calma y paz. Sí, esos paisajes recogidos, como Wudang, fueron origen de un conjunto de Artes Marciales "internas", tales como: Tai Chi, Pakua o I Shing. Por contraposición, la China Meridional, marítima y litoral, fue desde sus albores un lugar abierto al comercio. En el siglo IX Fuzhou (Fukien) ya sostenía puntos de conexión con Filipinas, Malasia, Japón, Corea y Tailandia. Más tarde, en el siglo XIII sus habitantes arribaban a las costas arábicas a través del Océano Índico. Aquellos fukieneses eran gentes de la costa y, por tanto, decididos e inconformistas. Sus Artes Marciales son resultaron ser atrevidas, fuertes, dinámicas, "externas" o "duras". ¿Estuvo el medioambiente detrás de ese espíritu de lucha originado en la franja costera del sur de China?

Algo similar se percibe en Okinawa, donde la insularidad es, a la vez: recogimiento, orgullo, sencillez, practicidad y apertura al mundo. El sentimiento de orgullo -como pueblo independiente- es notorio cuando se viaja por el interior de las Islas del Archipiélago; como orgulloso es el Karate tradicional, allí gestado: un desencadenante más de ese paisaje litoral y de la interculturalidad que establecen en él hombres y mujeres decididos. Lejos de ser japonés, el Karate tradicional de Okinawa mantiene un ritmo pausado, un continente flexible y un contexto sencillo y directo. Observándolo así, es una copia del modo de vida isleño y, por tanto, de su paisaje. ¿Es esto, también, fruto de aquella insularidad, de la luz diáfana, del azul de los mares, de la simplicidad, como forma y fondo de su Cultura...?

En su interior Japón es ondulante, recogido y serpenteante. Semejante paisaje ha gestado un pueblo delicado, metódico, sutil, organizado, austero en estética y cercano a la belleza, todos estos componentes podemos observarlos como parte del viejo Bujutsu desarrollado en Kanto, la llanura central del país. En los antiguos tratados se leía: "Heihô proviene del Este", siendo allí, en las llanuras de las actuales Prefecturas de Chiba e Ibaraki, donde vieron la luz algunas de las primeras Escuelas de Bujutsu en el siglo XIV, como Katori y Kashima. Contrariamente, el norte: frío, montañoso,

abrupto, adverso y distante no tuvo ese papel original, aunque sí otros, que sirvieron de soporte a las viejas Tradiciones Marciales de Japón, como la minería –hierro para forjar- o el conjunto humano que constituyeron: Ainus, los habitantes de Sakhalin o Kuriles.

Al sur, en la brumosa, oscura, recogida y aislada penumbra de Koya San, construyó Kukai la fe del Budismo Shingon; es casi imposible encontrarla en el litoral, cargado de luminosidad y esplendor.

Siempre un paisaje poblado de cedros, pinos y cerezos guarda el lugar en el que encuentran refugio los templos shintoistas y budistas. ¿Por qué esto es así...? ¿Por qué huyen de la luz: meditantes, monjes, introspectivos...?

Si, como dijo Lawrence Durrell, somos hijos del paisaje y expresiones de la Tierra, ha de ser cierto que también lo son nuestras habilidades, creencias, sensibilidades, deseos, sueños e impulsos. Dentro de esa estela infinita el Budô encuentra una razón de ser junto al paisaje que le ha visto nacer.

Sí, el estilo es el hombre y éste, su paisaje.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô